

pesar de los elementos destructores que en su seno abriga, sin que hayan podido matarla ni las injusticias ni los excesos ni los crímenes con que algunas veces se ha manchado.

Cuando un hecho presenta estos caracteres, es preciso llamarle providencial, so pena de darle esplicaciones absurdas. Y siendo así, hay motivos para esperar, ó para temer, si se quiere, que esa revolucion cambie con el tiempo la faz de las sociedades, modificando con lentitud ó destruyendo violentamente cuanto hay en ellas. Solo una cosa permanecerá inalterable y firme en presencia de ese influjo innovador ó de esa fuerza destructora, la Iglesia de Jesucristo, porque Dios la ha prometido su asistencia hasta el fin de los tiempos: todo lo demas está espuesto á sufrir los cambios y mudanzas que parecen ser el espíritu de la época, porque nada, sino la Iglesia de Jesucristo, cuenta con aquella promesa celestial.

Así han contemplado á la revolucion social del siglo XIX algunos de los hombres mas sabios de nuestros dias, que se han ocupado en discurrir sobre los medios de evitar sus destrozos, viniendo á sacar por consecuencia, despues de profundas observaciones sobre el carácter y circunstancias de esa revolucion, que no conviene emplear contra ella un sistema de resistencia absoluta; que es una cobardía ceder á todas sus exigencias, y que el único modo de calmar sus furores y prevenir sus estragos, es salirle al encuentro con reformas prudentes y oportunas.

La revolucion es como el huracan, que deja en pié las cañas y arranca las encinas, porque las primeras se doblan y las segundas se resisten. Los que la combaten á todo trance, son unos insensatos; los que la adulan, son unos imbéciles; los que la esperan preparados para impedir que destroze y aniquile, son prudentes y previsores. Glorioso es salir á la defensa de lo pasado contra la injusticia de los que lo menosprecian, porque lo pasado es la memoria de nuestros padres, son las creencias que nos legaron, y los egemplos de virtud que nos dieron; pero no es cordura oponerse á que se toque á las instituciones antiguas con el pretesto de que se les ha de respetar y dejarlas en el mismo estado que tuvieron en otras edades: los que hacen esto, se parecen al dueño de un viejo edificio, que no le quisiera reparar por no hacerle perder un ápice de su antigua forma.

Viene á veces la revolucion personificada en las desenfrenadas turbas, armada de puñales y guillotinas, ansiosa de sangre y de matanzas: cada palabra suya es entonces una blasfemia; cada uno de sus actos es un crimen; cada paso que dá, está marcado con una impiedad, con una profanación ó con un sacrilegio: acompañaala el genio de la destruccion y del esterminio; delante de ella van las furias desatadas, detras deja un reguero de sangre y de cenizas. Entonces bien claro está el deber de los pueblos que sufren tal desventura, porque este deber se confunde con los sentimientos mas caros y con los instintos mas poderosos de la sociedad y del individuo: combatir *pro aris et focis*;

defender hasta morir, la tradicion y las creencias, la humanidad y la civilizacion, contra esta nueva especie de barbarie.

Pero no siempre la revolucion se presenta con estos aparatos terribles y con estas intenciones siniestras; que á veces viene personificada en hombres buenos y sencillos, en gobiernos justos y paternales, que sin resistirla como los insensatos, ni adularla como los imbéciles, toman á su cargo la difícil tarea de refrenarla y de conducirla por donde haga bien; hombres y gobiernos, que de veras quieren estirpar antiguos abusos para dejar en pié lo bueno y lo respetable que hay en las tradiciones; que apuntaban el edificio social con la reforma, para que no le derribe la revolucion; que cubren lo antiguo con la égida de las formas nuevas, para que pase sobre ello, sin maltratarlo, la ráfaga innovadora de nuestro siglo. Entonces se verifica un hecho que algunos tienen aun por una utopia: el principio conservador y el principio revolucionario hacen las paces, se abrazan como amigos, y conspiran á un mismo fin; y la revolucion pasa sobre los pueblos como una lluvia benéfica, en vez de pasar como una tempestad desoladora.

Esto quiso hacer en Méjico el General Comonfort, y este carácter tuvieron sus reformas. Si no precedió el acuerdo de la potestad eclesiástica para emprender las relativas al clero, no fué un error del gobernante; fué desgracia suya verse precisado á entrar solo

en aquella senda, para quitar pretextos á la revolucion, para satisfacer las necesidades de la sociedad, y para evitar las catástrofes que la amenazaban: y si despues no se obtuvo aquel acuerdo, no fué por culpa del reformador, que le invocó francamente en apoyo de sus providencias, sino por culpa de los que se empeñaron tenazmente en que no tuvieran aquellas reformas una sancion que habria aniquilado el mejor pretexto de la reaccion política. Un gobierno que reclamaba el derecho de intervenir en los negocios eclesiásticos que tuviesen relacion con el órden temporal, no podia desconocer en la potestad eclesiástica el derecho de intervenir en los negocios civiles que de algun modo pudieran referirse á objetos espirituales. Comonfort no solo no rechazó esta intervencion, sino que la solicitó por todos los medios que estuvieron á su alcance; y si es verdad que no lo hizo tan á tiempo como su mismo interés le aconsejaba, esto será un motivo de censura por lo tardías que fueron á veces sus resoluciones; mas no justifica el cargo que se le ha hecho, de haber invadido la jurisdiccion ajena, y de haber sido agresor del santuario.

De todos modos, los hechos justifican que el carácter de la política reformadora de Comonfort fué la templanza, y que el carácter de las resistencias que se le opusieron, fué la violencia. Comonfort se presentó como mediador entre la revolucion y las tradiciones; y sin embargo, sus enemigos, invocando el espíritu tradicional, le hicieron la misma resistencia que se hace á la revolucion.

cuando aparece cortejada por destrozos, alumbrada por incendios y marchando por entre lagos de sangre. Ellos llamaron en su auxilio todos los recursos del fanatismo conservador, pero Comonfort no llamó en su ayuda todos los recursos del fanatismo revolucionario. En consecuencia, la lucha no fué igual; fué una lucha de nueva especie en la historia de las revoluciones modernas: la revolucion no se presentó allí con su actitud amenazadora y terrible; se presentó brindando con la paz, y la tradicion declaró la guerra; se presentó en ademán de proteger los intereses tradicionales, y estos rechazaron su proteccion declarando que se bastaban á sí mismos. Por eso allí se cambiaron los papeles: la revolucion, personificada en el Presidente, fué templada y medida; la tradicion, personificada en los reaccionarios, fué desaforada y violenta, y á veces poco escrupulosa en la eleccion de sus armas y en su sistema de ataques.

Los principales directores de la reaccion no eran fanáticos, y si hicieron mal, no tienen esta disculpa; pero hubo escenas de horrible fanatismo. Una de ellas llenó de espanto al pais por mucho tiempo, y merece ser recordada, porque si no pinta por fortuna el espíritu de la época, revela el influjo fatal que ejercian en algunos individuos las máximas atroces que entonces se proclamaban como verdades religiosas.

Durante la segunda reaccion de Puebla, salieron de aquella ciudad para la capital de la República con una

comision de los pronunciados, D. José Maria Benitez y D. Carlos Castellero, jóvenes pertenecientes á dos familias respetables de la misma ciudad. Se acabó la revolucion con la derrota de los rebeldes: supose que ninguno de los dos habia llegado á su destino, pero ninguno de ellos habia regresado á su casa. Sus familias alarmadas hicieron las mas esquisitas diligencias para averiguar su paradero; mandaron emisarios por todas partes, preguntaron á todos sus deudos y amigos; pero ni el menor indicio pudieron encontrar de la suerte que habian corrido aquellos dos jóvenes ni el criado que los acompañaba. En esta ansiedad se pasaron tres meses; sus familias los lloraban por muertos, y la pesadumbre cundia por la ciudad entera, donde los dos jóvenes eran generalmente queridos por sus bellas cualidades. Por fin, á los cuatro meses vino á revelarse el misterio de aquella desaparicion; y era un misterio espantoso: Benitez y Castellero habian sido barbaramente asesinados, y habia corrido la misma suerte el criado que los acompañaba. La naturaleza de su comision y el estado de las cosas, les aconsejaban tomar por sendas estraviadas, dejando el camino real: al pasar por uno de aquellos pueblos, cerca todavía de Puebla, una descarga salida del curato dejó sin vida á Benitez y al criado que iban delante. Castellero que se habia quedado un poco atrás, al ver aquello, volvió riendas y echó á huir; y entonces el cura y el alcalde, á la cabeza de los vecinos, le persiguieron hasta un bosque inmediato, donde le alcanzaron. Conducido al pueblo, y amarrado como un criminal, pronto copoció, por los denuestos que le decian, el

origen del trance en que se hallaba: era que los habían tomado por partidarios del gobierno. Entonces dijo á sus perseguidores, que su amigo y él, lejos de ser lo que ellos pensaban, iban á la capital con una comision de los conservadores que ocupaban á Puebla. Castellero era un jóven de rostro angelical y de talento despejado, que cautivaba el afecto de cuantos le miraban y le oian. Los vecinos empezaban á apiadarse de él, atraidos por su simpática presencia y por sus buenas razones; pero el cura y el alcalde volvieron á escitar su furor contra el preso, diciendoles que aquel hombre los engañaba; que indudablemente era un herege, y que era preciso inmolarle, sopena de que Dios enviara sobre el pueblo alguna gran calamidad, por haber dejado impune á uno de los perseguidores de la religion, teniéndole en sus manos. En vano el pobre Castellero imploró la piedad de sus verdugos, protestando su inocencia; en vano pidió á gritos los auxilios espirituales, quando vió que le iban á sacrificar: no hubo piedad con él, y se le negó este último consuelo. Su muerte debió ser espantosa: su cádaver se encontró en un hoyo en horrible postura, como si hubiera sido lenta y desesperante su agonía; lleno de cardenales y contusiones, como si le hubieran matado á palos; con una gran piedra encima, como si hubieran tratado de acabar con ella algun resto de vida que le quedára al hundirle en aquel sepulcro Cuando se descubrió este misterio y se contaron estos pormenores, el cura dijo que habia sido un error desgraciado, porque habia creido que sus víctimas eran partidarios del gobierno. Estremeciéronse de horror

todos los corazones; pero hubo corazones reaccionarios, que encontraron en aquellas palabras, sino una disculpa, por lo menos una circunstancia atenuante de aquel espantoso crimen.

Ya se ha dicho que este hecho no pinta por fortuna el espíritu de la época, ni era posible que á tal extremo llegáran las pasiones en un pueblo de carácter dulce y apacible como el mejicano; y ahora es justo añadir que aquella atrocidad, única en su especie que entonces se perpetró, tampoco pinta el espíritu de los que hacian la guerra al gobierno, y mucho menos, de los que sin tomar parte en la lucha, desaprobaban su política, porque de buena fé profesaban los principios conservadores. Pero ya se ha advertido tambien que una gran parte de los que entonces invocaban estos principios, no lo hacian con sinceridad, porque realmente no profesaban ninguno; y estos dieron á veces á la oposicion un carácter terrible, no solo atacando injusta y desafortadamente á la autoridad, sino desmoralizando al pueblo con máximas erroneas embozadas con la capa de religion.

Enmedio de aquella general efervescencia, Comonfort seguia su camino, sin que un instante le apartára de él la injusticia de sus contrarios, como si fuera insensible al influjo de las pasiones que en torno suyo se agitaban. Sin embargo, le pintaron como un monstruo, le presentaron ante las naciones como el prototipo de todas las iniquidades, le llamaron hipócrita cuando no pudieron negar sus

acciones buenas, y convirtieron sus rasgos de generosidad en armas con que afrentarle.

Entre otros hechos que se podrian citar en prueba de esta última observacion, merece ser consignado el siguiente. Recibió un dia Comonfort una carta de Cartagena, suscrita por un nombre que le era completamente desconocido, y en la cual se le decia en sustancia lo siguiente: "Todavía no he podido dar el golpe que tenemos convenido, porque el pájaro vive alerta, y no es fácil llegar hasta él; pero mande V. que se me entreguen los veinte mil pesos que quedaron depositados en Panamá en la casa de los Sres. Ansoátegui, y esté V. seguro de que seguiré haciendo todas las diligencias posibles para lograr nuestro objeto." Comonfort creyó al principio que podria haber una celada infame para complicarle en el horrible misterio que revelada esta carta, y se la enseñó á sus ministros para que le dijeran lo que pensaban sobre ella. Ellos presumieron que no era mas que un anónimo, del cual no se debia hacer caso, porque habria sido escrito con el único objeto de mortificar al Presidente. Este sin embargo, conociendo que se trataba de un proyecto relativo al general Santa Anna, que residia en Turbaco cerca de Cartagena, sospechó que todo podia ser obra de algun aventurero, que se propondria sacar provecho de ambos por aquel medio infame. Para evitarlo llamó, al general Basadre, amigo íntimo de Santa Anna, y le encargó que le escribiera participándole el contenido de aquella carta, á fin de que estuviera prevenido contra alguno que tratára

de explotarle haciendole creer en el supuesto atentado. Así lo hizo Basadre; y la respuesta de Santa Anna fué decir, que hacia bien Comonfort en sincerarse con tiempo, pero que ya sabia él que existia el proyecto de asesinarle, y que un emisario habia sido enviado á Cartagena con este objeto, por un club en que figuraban el mismo Comonfort, su ministro Montes y otros individuos.

Este fué el origen del ruido que se armó en Cartagena en aquellos dias por la supuesta tentativa de asesinar á Santa Anna, cuya especie publicaron los periódicos de Venezuela, escandalizados con razon de semejante villanía, pero evidentemente engañados por los que tenian interés en pintar al gobierno de Méjico como una caterva de asesinos.*

De este modo vió siempre Comonfort convertirse en su daño lo que hacia con las intenciones mas puras; y así fué como lograron sus enemigos, no solo destruir sus planes de salvacion para su patria, sino presentarlos á los ojos del mundo como si fueran planes de esterminio. La fortuna le hizo pagar bien caros sus favores: despues de haberle mecido en sus brazos, dándole cuanto la ambicion humana puede apetecer, triunfos, aplausos y ovaciones, puso á su lado, para turbar su reposo, los cuidados y las vigiliias de la época mas agitada que ha visto Mejico; ce-

(*) Algun tiempo despues recibí Comonfort una carta anónima, en que le decian que todo habia sido invencion de un mejicano, enemigo de su gobierno, que residia en Venezuela.

gó á sus amigos para que le abandonáran, y endureció el corazón de sus contrarios para que le hicieran blanco de implacables persecuciones. El Palacio fué para él una tienda de campaña: cuando perdonó, le llamaron débil; cuando hizo justicia, le llamaron cruel; predicó la paz y la conciliación, y le respondieron con gritos de muerte y de venganza. Y para coronar esta serie de contradicciones que amargaron su existencia de gobernante, se coligaron al fin para perderle, los recelos injustos de sus partidarios, la inconsecuencia de los que le habían llamado amigo, y la ingratitud de los que habían sido objeto de su clemencia.

Al referir los acontecimientos, se han señalado algunos de los errores en que incurrió, y se habrá echado de ver que casi todos procedieron de la exageración de sus buenas cualidades. Uno de ellos fué no haber influido en las elecciones del congreso constituyente ni en las del congreso constitucional, no obstante que se lo aconsejaban su propio interés y la suerte de su pensamiento político: se abstuvo de hacerlo por espíritu de abnegación, porque respetó la libertad de los ciudadanos, y no quiso poner en la balanza de la lucha electoral el peso de su nombre y de su dictadura. Tuvo á veces condescendencias que le perjudicaron, porque fueron armas poderosas para sus enemigos; y estas condescendencias no eran sino el resultado de su condición apacible. Por su irresolución, hija del temor de errar, dejó otras veces que los acontecimientos le arrastráran, no obstante que tiene fuerza y capaci-

dad para dominarlos, y adoptó en algunos casos una política espectante, que no podía menos de sorprenderle con resultados funestos. En fin por su ansia de favorecer á los pobres, de remediar su miseria y de impedir desastres revolucionarios, no se procuró á tiempo el apoyo de combinaciones prudentes, para vencer las resistencias que necesariamente habían de encontrar sus medidas innovadoras.

Uno de los méritos del General Comonfort consiste en haber usado en su sentido racional y justo, ciertas palabras que apenas se pueden emplear sin sonrojo, por la mancha que ha arrojado sobre ellas la demagogia de nuestros días. En boca de esta, las palabras libertad, reforma, progreso y otras de la moderna nomenclatura política, no son sino una cruel decepción, ni traen á la memoria mas que ideas de impiedad, de trastorno y libertinaje. Comonfort sabe ser liberal, reformador, y progresista, sin ser irreligioso ni anárquico, porque ha tenido la fortuna de no dar crédito á los que dicen que la religión y el orden están reñidos con la libertad de los pueblos.

Hombre desengañado y justo, no da cabida en su ánimo á las prevenciones de los partidos extremos, porque cree que las sociedades han de marchar por el camino que Dios les tiene señalado, sin que los retrógrados puedan detenerlas, ni los demagogos precipitarlas: y no solo no participa de las preocupaciones que en este punto son comunes á todos los países, sino que se ha conservado exento

de las que son peculiares del suyo. Hay entre ellas una, que aunque absurda y descabellada, domina de una manera fatal á algunos de los que mas alarde hacen allí de exaltacion en materias de liberalismo: no aciertan á ser progresistas, sin tener cierta mala voluntad al nombre español, como si este nombre fuera sinónimo de retroceso. Sería tarea larga examinar el origen de esta preocupacion: algunas veces se ha invocado en Méjico aquel nombre para encubrir malas pasiones y malos intereses de partido: pero ni esta ni otras causas que podrian señalarse, justificarian nunca semejante prevencion contra todo un pueblo; y mucho menos en los que llevan su sangre. Lo cierto es que durante el periodo á que nos referimos, este espíritu se desarrolló mas que otras veces, con motivo de la cuestion española, entre los que por él estaban dominados. Comonfort sin embargo no se dejó arrastrar por este influjo: trató aquella cuestion como le dictaba su conciencia, sin dar oidos á las animosidades que se sublevaban á su lado: procuró dar á España las satisfacciones que le parecian posibles,* é invocó altamente en favor de la paz, los vínculos que ligan á Méjico con su antigua metrópoli, por ser dos pueblos de un mismo origen, de una misma religion, de un mismo idioma y de unas mismas costumbres. Su conducta en aquella ocasion le enagenó no pocas voluntades; y por no haber participado de tales preocupaciones, le fueron hostiles desde aquella época, algu-

* Bajo el gobierno de Zuloaga han sido ajusticiados los asesinos de San Vicente; pero todos habian sido aprehendidos en tiempo de Comonfort, por los esfuerzos que este hizo para ponerlos en manos de la justicia.

nos que antes habian estado ligados con él por lazos de amistad y de opiniones políticas.

Señalamos esta circunstancia, porque es un testimonio contra los que han querido desconcepar á Comonfort atribuyéndole sentimientos contrarios, y porque ella esplica satisfactoriamente la franqueza y la libertad con que se le hace justicia en este libre. Siendo español el que esto escribe, y habiendo defendido siempre las glorias de su pais y las tradiciones de su raza, no habria encontrado que alabar en quien las mirára con odio ó con menosprecio, por muchas que fueran por otro lado sus virtudes.

El pensamiento de Comonfort fué una novedad en Méjico: desempeñó un papel que nunca se habia ensayado allí; y no es extraño que á veces vacilára en la ejecucion, no teniendo precedentes que le ilustráran sobre el modo de vencer las dificultades. Él habia visto muchas veces de qué manera un partido vencedor aspiraba á dominar exclusivamente sobre las ruinas ensangrentadas de un bando vencido; pero no habia visto nunca el modo de ligar á vencidos y vencedores con vínculos de fraternidad y de concordia. Él quiso hacerlo, y quedó en la demanda: pero la mala fortuna de una empresa nada arguye contra los que la acometen.

Sus enemigos dijeron que los sistemas de conciliacion son una químera. Tal vez será así; pero como se han ensayado pocas veces, el mundo no lo sabe todavia: lo que

el mundo sabe, es que los sistemas de exclusivismo son un lago de sangre. A torrentes corre todavía en Méjico la de los partidos á quienes Comonfort quiso reconciliar, porque cada uno de ellos cree que la felicidad del país depende del triunfo esclusivo de su idea y del esterminio completo de su adversario. Los horrores de aquella lucha han venido á probar de una manera bien triste pero bien patente, que si Comonfort acometió un imposible, la mala suerte de su pensamiento no fué una fortuna para su patria. (*)

En tiempos mas tranquilos, Comonfort habria sido llamado padre del pueblo: en la época borrascosa que le tocó en suerte, pareció inferior á la mision que tenia que llenar, porque le faltó la rigidez de los innovadores. Tuvo sin embargo toda la energia que era propia de su pensamiento, y únicamente se detuvo en el umbral de las violencias revolucionarias. La posteridad le hará justicia por dos razones; porque del seno de una sangrienta revolucion salió sin manchas de sangre, y porque en el caos de las inconsecuencias fué consecuente. Tuvo arrojo para levantar una bandera en que estaban escritas las palabras consoladoras de paz y de tolerancia. Con ella en la mano venció en la guerra á sus enemigos; con ella se opuso á la impaciencia de sus partidarios; con ella cayó cuando estos le dejaron solo. Él no podia hacer

(*) Se escribe esto en Noviembre de 1858. La guerra que estalló al caer Comonfort, entre el gobierno del general Zuloaga y el constitucional, dura todavía; y no hay señales de que tenga pronto término, porque ninguno de los dos bandos tiene bastante fuerza para esterminar á su enemigo, que es lo que ambos pretenden.

mas que lidiar como bueno hasta el fin, esponer su vida, y caer cuando cayó, abrazado con su bandera y con su pensamiento.